



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 17 DE JUNIO DE 2018

Olga de León / Carlos Alejandro

Lluvia de ilusiones

LOS SONIDOS DE LA LIBERTAD

CARLOS ALEJANDRO

Frente a su casa hay un par de árboles, dos encinos. De niño solía treparlos, yendo de una rama a otra, hasta lo más alto, sin considerar si su peso sería soportado por el siguiente ramal en el próximo salto. De siete u ocho metros podía ser la caída. Pero los niños son casi de plástico, de huesos flexibles y listos para el rebote. El niño creía tener muchos amigos, o los tuvo. Pero como adulto, nadie se toma un café con él, si no está presente Nando. ¿Intimida su pobreza? No puede decirlo con seguridad.

Ya no cuenta con los canales abiertos para que la gente lo contacte. Tampoco tiene prisa por construir puentes entre sus conocidos. Solitario, deposita su confianza en dos o tres personas, nadie más. Al morir, no dejará descendientes, ni se detonarán acciones respecto de su vida ni de su trabajo. Se enviarán más mensajes masivos sobre la lluvia ligera que cae cada día en la ciudad, que sobre su muerte.

Ahora, el mundo gira en derredor de redes sociales, las cuales no entiende, ni creció con ellas. Él era de los tiempos de las líneas telefónicas fijas, sin contestadora. Y de gente que se acercaba a las puertas para tocar y hacer contacto con los otros. En el trabajo, escucha a las personas hablar de temas que él no entiende, cosas que nunca antes había escuchado. Eso lo hace sentirse aún más aislado.

Durante el día limpia pisos en un supermercado. Ya no tiene tiempo para soñar con huracanes de piedras y saliva entregada sobre la boquilla de un clarinete. La gente le pisa el suelo sobre el área que él recién ha trapeado. No importa. Si las pisadas dejan una nueva mancha, él vuelve a pasar el trapeador.

Se pregunta si la vida es injusta, y si otros se harán la misma pregunta... comprende lo caro que son los artículos que se venden en la tienda donde trabaja. No sabe que con dinero o sin dinero, las ganas de vivir pueden fallar. ¿Qué haría con su tiempo si tuviera más espacios libres entre las manecillas del reloj? La música quedó olvidada hace años. Tal vez comería más pan dulce, si tuviera también el dinero para comprarlo.

Los clientes se acercan a observar las flores en la sección donde en ese momento aseca. Hay algunos pétalos sobre el piso, los levanta con la mano y los acerca a su nariz. También hay floreros de cristal translúcido. "La libertad es costosa", piensa. Un cliente pasa con el carro del mandado muy cerca de los cristales; pero a él no le preocupa, sabe que nada le cobrarían al cliente de ocurrir un accidente. "¿De dónde viene la idea de que el dinero es necesario para sobrevivir?", se pregunta de vez en cuando. Él ni siquiera concluyó la escuela primaria. Quizás la respuesta se enseñe en las universidades. "Hay momentos en la vida más oscuros que otros".

Es momento de balancear el trapeador de atrás hacia adelante, sin tocar el piso, para provocar ventisca y secar la humedad. No gasta tiempo en ilusiones. Ilusión es una palabra que no está en su vocabulario, ¿o sí? ¿Qué haría si se sacara la lotería? Quizás buscaría trabajo en otra parte, piensa; como si el dinero



abriera ese tipo de puertas. O pondría un negocio: de hamburguesas. Aunque reconoce que el hastío por la tierra y la basura en el piso, nunca le ha llegado, se le ocurre que podría construir una fábrica de muñecos y tendría sus citas de negocios en algún restaurante.

Y, el esfuerzo que ha realizado bajando, ¿le reditúa? Apenas le alcanza para los gastos diarios y sobrevivir con un poco de frío por las noches. Ese día, al volver a casa, mira los encinos y quisiera nuevamente ser niño para treparlos. Se acerca, arranca una hoja: no tiene el olor de las rosas del supermercado, pero le trae a la memoria una libertad por la que nunca tuvo que pagar para conquistarla, una libertad que un día, sin saberlo, se le escapó de manera abrupta y que ahora intentará conquistar con sonidos, los de su viejo clarinete que ya desempolva.

CUANDO EL SUEÑO SE VUELVE REAL
OLGA DE LEÓN

En cuanto se subía a la cama se colocaba boca abajo, metía medio cuerpo entre las sábanas, de la cintura hacia abajo, y con los codos apoyados sobre el colchón -hecho de hojas y heno- elevaba un poco su espalda, cuello y cabeza. Antes de dormirse, le gustaba mirar por la ventana, el pequeño orificio que tenía su casita, justo donde ella dormía. Cada noche hacía lo mismo.

Tenía la ilusión de que en ese preciso momento en que ella volvía sus ojos hacia el cielo, podría ver cuando caía algún aerolito, o una lluvia de estrellas, o el choque repentino de rayos y truenos en el cielo, o por lo menos vería pasar a alguna hermosa ave que la saludaría desde las alturas; o, por qué no, entre las nubes con sus diversos movimientos y formas que en ellas encontraba, podría también hallar alguna señal importante que le diría qué debía hacer con su vida. No solo al día siguiente, sino en lo subsiguiente.

Y, no era que le cansaran sus quehaceres, tal vez sí la monotonía. Amanecía muy contenta, pensando que ese día sería diferente y que algo podría sorprenderla. Lo único que no hacía, era barrer el frente de su casa. Mantenía aseado su hogar, tomaba la canasta y se iba al mercado. Regresaba, preparaba los alimentos para toda su familia, que realmente era numerosa.

Un buen día, salió más temprano que de costumbre a sus asuntos y negocios familiares y profesionales, pues tenía muchas cosas en las lista de su agenda, que no podían quedarse sin resolver. Así que se levantó antes del amanecer, tomó su ducha de costumbre, se acicaló como todos los días lo hacía y salió de puntitas, para no despertar a nadie más. Parecía como si escapara: "sueño silenciado".

Puesta ya en la calle, cayó en la cuenta de que había dejado la lista con todos los pendientes anotados en ella, sobre su cama. Decidió irse sin ella, total sabía bien su contenido y no tendría caso que volviera a abrir la puerta y arriesgarse a despertar a quienes no tenían por qué levantarse temprano.

Tomó el sendero de costumbre, para llegar hasta donde iba. Se meneaba con cierta gracia e iba dando saltitos, pues había dormido muy bien, a pierna suelta, por lo que estaba más feliz que de costumbre. Y por si hubiera sido poco el sueño reparador, esa noche había logrado ver tanto una lluvia de estrellas como un iluminado aerolito.

Pensando en qué le depararía el destino ese día especial, pero sin distraerse de los deberes con los que habría de cumplir, iba canturreando sonriente y saludando efusivamente a cuanto bichito o animalito de la región encontraba por el camino.

- "¿Qué será, será... lo que irá a ser de mí: hoy, mañana y siempre. Quién lo sabrá..."

- Qué será madrinita de las coloradas, dime tú que todo lo sabes: "cuándo sucederá lo que todas las noches sueño..."

Y así, se fue recorriendo las calles, deteniéndose a hacer las recolecciones pendientes, las compras, las visitas a los más necesitados, a quienes les iba dejando parte de sus provisiones, que originalmente serían solo para su familia, para la colonia a la que ella pertenecía.

Pero, mientras tal hacía, reflexionaba: - si aquí ya llevo más de lo que los míos necesitan, ¿por qué no repartir un poco entre los que no pueden salir a abastecerse? Y concluía dejando parte, y pensando: - "hoy por ti, mañana por mí". Ellos un día enseñarán a sus crios a ser desprendidos y solícitos con el más necesitado.

¡Pobre hormiguita de este iluso cuento! Ella ignoraba que la maldad también cohabita entre los buenos y que no todos regresan al mundo, lo que este les da. Menos aún en períodos de sequía, inundaciones o carestía.

De pronto, tropezó con una enorme roca que aún estaba ardiendo, era parte del aerolito que había visto la víspera. Se incorporó, algo mareada por la caída. No entendía qué le había pasado, tampoco sabía quién era, que hacía allí y por qué era una hormiga colorada, si su cabecita y cerebro le decían que ella era el sonido del viento, el color del cielo, la fuerza de la montaña, la ligereza de un águila, la mirada de un felino, la memoria de un elefante y el sueño de sus hijos o la pesadilla de sus alumnos que no habían aprobado el curso del bien escribir y bien hablar.

Por fin, la hormiguita recobró la memoria y supo quién era: un soplo de libertad en medio de un vendaval de esclavitudes y consumismos. Así, confirmó su sueño: era la personificación de las ilusiones que se vuelven reales...



Giovanni Paolo Panini

(Piacenza, 1691-Roma, 1765). Pintor y escenógrafo italiano. En su ciudad natal recibió su primera formación como escenógrafo y pintor de perspectivas fingidas en el entorno de Francesco Galli da Bibiena, Giuseppe Natali o Giovanni Ghisolfi.

En 1711 se mudó a Roma, donde entró en el taller de Benedetto Luti, interesado en la pintura figurativa y de historia. Siete años más tarde se le encomendó el proyecto de decoración de Villa Patrizi en Porta Pia, desgraciadamente destruido en 1849.

Fue admitido como miembro de la Academia de San Lucas en 1719, y de la Academia de Francia en Roma en 1732, culminando su carrera docente como presidente de la primera entre 1754 y 1755.

Durante la década de 1720 trabajó principalmente como pintor de frescos en los palacios romanos. Compaginó esos proyectos con sus encargos para las fastuosas escenografías.

Sin embargo, debe su reputación y reconocimiento en Europa a su rica producción de pintura de caballete, donde retrató de forma ingeniosa y original la vida cotidiana de Roma y los acontecimientos festivos y religiosos. Influidor por el paisajismo romano -mezcla de realismo y género y de la tradición clasicista del seiscientos-, creó, como en los ejemplos del Museo del Prado, amables vistas, vedute ideate, donde sintetizó lo inventado con lo real.

Al contrario de Caspar van Wittel o Bernardo Bellotto, Panini no buscaba el fiel reflejo topográfico, sino que recreaba vistas tanto románticas y arcádicas, con ecos de la pintura de Salvador Rosa y de las vistas arquitectónicas fantásticas de Giovanni Ghisolfi.

En sus paisajes de ruinas clásicas y en los interiores de sus monumentos antiguos acumulaba vestigios arqueológicos en un conjunto pintoresco, visitados y poblados por una multitud de figuras populares contemporáneas.

El resultado es menos verosímil que el de otros vedutistas, pero evoca el idilio de los fastos de la Antigüedad clásica. Apreciado por sus comitentes, en su mayoría los turistas que pasaban por Italia, también lo fue por el príncipe de Asturias, el futuro Carlos IV. Al final de su vida tuvo un taller floreciente, formándose en él Hubert Robert y Francesco Panini, hijo del pintor.

ad pēdem literae

"La ira es como el fuego; no se puede apagar sino al primer chispazo. Después es tarde."

Giovanni Papini

Letras de buen humor

"La mente es como un paracaídas. No funciona si no está abierta."

Frank Zappa

Joana Bonet

"Mastergobierno"

El vértigo y la novedad forman una aleación poderosa. Pedro Sánchez es consciente de ello, lo demostró la pasada semana, siendo capaz de recuperar una palabra muy olvidada en política: ilusión. Se iban conociendo los nombres de los ministros, uno a uno, a la manera de un casting de telerealidad; redacciones y redes se animaban: "Esto parece el Masterchef Celebrity", decía un tuitero ingenioso. Y se disparaba la curiosidad por los fichajes de expertos europeístas, el asombro, los wow y ala al confirmarse aquello que parecía un fake: Pedro Duque, ministro de Ciencia. El casting incluía personajes carismáticos, duchos en los medios, como Teresa Ribera o Grande-Marlaska; populares y queridos por los suyos como Máxim Huerta; dialogantes y templados como Meritxell Batet, y cañeros como Dolores Delgado, amiga de Garzón, firme defensora de la jurisdicción universal.

Los golpes de efecto fueron arrolladores, pensados con ambición y fondo. En una semana, la valoración de Pedro Sánchez -durante meses oscurecido por las encuestas naranjas y la prosodia del 155- se ha disparado. Según el

Observatorio de la Ser, su Gobierno ha sido puro flechazo: en menos de ocho días goza de mayor confianza que el de Rajoy. Pero qué bueno está vuestro presidente", escribían colegas de París o Nueva York, y desde Newsweek a la revista Elle rebautizaban a Sánchez como Mr. Handsome. El escritor Manuel Vilas hace poco se quejaba en las redes: "Hablamos mucho de casi todo. Pero hay un tema del que se habla cada vez menos. Hablamos poquísimos de la belleza". Pues ahí tienes, gran Vilas: aunque sólo sea durante el corto periodo de enamoramiento de Pedro Sánchez, se vuelve a hablar de belleza. La misma por la que en España todavía se crucifica a una mujer o un hombre "público", a diferencia de otros países que la celebran sin envidia: véase a Macron o Trudeau, que han hecho marca de su atractivo.

No obstante, la gran noticia ha sido la recuperación de la gran bandera de la nueva izquierda: la igualdad. La que inmortalizará a Zapatero, el primer presidente que formó un gobierno paritario. España ostenta el Gobierno más feminista del mundo, superando a Finlandia, Suecia o Noruega: 11 carteras de 17.



"Hemos recogido el guante", afirmó Isabel Celaá, fichaje poderoso, bilbaína de reloj con correa roja, perlas y una pronunciación afectada del fonema d: "responsabilidad". La posición subrogada de la mujer en el poder ha quedado dinamitada por la apuesta de Sánchez, que en parte ha sido posible por un asunto a menudo oculto por su mala fama, pero eficaz: las cuotas. Desde 1997 se

vienen aplicando en el PSOE, a diferencia de otros partidos. Sin ellas y sin el clamor de las calles, difícilmente se habría logrado esta elevada representación de mujeres de gobierno. Ahora habrá que demostrar que no se trata de pura cosmética contextual, sino que responde al compromiso más fiero para lograr una sociedad de iguales.